

7. Meditación sobre la muerte:

Al encuentro con Dios. El tiempo pasa inexorablemente. Ya es el segundo día del retiro. Sentido de nuestra vida y de nuestra vocación (dar gloria a Dios, vivir nuestra misión en la tierra); obstáculos que se oponen al proyecto que Dios tiene para nosotros (pecado, tibieza). Para realizar ese proyecto nos da un tiempo, y al final, la muerte: negociad mientras vuelvo: tiempo de merecer. Las postrimerías: importante que meditemos estas verdades últimas, para iluminar nuestra vida y con mejor luz podamos andar más expeditos. Hebreos os dice que Dios es muy agradecido, pero no hemos de ser flojos (6, 9s). Hoy contemplamos los Novísimos. Y empezamos por el primero: la muerte.

1. La muerte, esa realidad que hace pensar. El sentido de nuestra vida se muestra con toda su evidencia cuando aparece la muerte, "frente a la muerte el enigma de la condición humana alcanza su cumbre" (Catecismo, 1006): nuestra vocación se manifiesta ahí con toda su grandeza, en el momento que vamos al encuentro con Dios, si no hay una clara conciencia de para qué vivimos, ese trance se ve como un obstáculo para la realización persona, y es amargo hasta el infinito, pues todo se acaba. Pero quien se sabe un proyecto para la eternidad, es el paso de la caducidad, del ser efímero marcado por lo imperfecto, el pecado y la mediocridad, a una realización completa del proyecto después del tiempo que se nos ha dado en la tierra. Para unos es el final, la muerte para otros es el término de la parábola de los talentos: "negociad mientras vuelvo"; tiempo de merecer que acaba con el premio. Son las postrimerías, y es importante que meditemos estas verdades últimas, para iluminar nuestra vida y con mejor luz podamos andar más expeditos.

Muerte. "Statutum est hominibus semel mori": se muere una sola vez, y después, el juicio (Heb 9,27); como decía Fray Luís de Granada en su "Vida de Jesucristo": "allí te preguntarán cómo has gastado el tiempo, cómo has tratado tu cuerpo, cómo has recogido los sentidos, cómo has guardado el corazón, cómo has correspondido a las insinuaciones divinas, cómo has reconocido y usado de tantos beneficios". Qué tremendo será oír la sentencia que algunos allí tendrán: "id, malditos, al fuego eterno"... (Mt 25, 41).

Decía Gustavo Adolfo Bécquer hablando de la gente del Madrid de su época, "El mundo del Congreso y las redacciones, del Casino y de los teatros, del Suizo y de la Fuente Castellana... hoy en una broma, mañana en un funeral, todos de prisa, todos cosechando esperanzas y decepciones, todos corriendo detrás de una cosa que no alcanzan nunca, hasta que corriendo den en uno de esos lazos silenciosos que nos va tendiendo la muerte, y desaparezcan como por escotillón con una gacetilla por epitafio" ("Cartas desde mi celda"). Como un ladrón en la noche llegará ese momento en el que seremos despojados del cuerpo, de las ilusiones y planes proyectados, dejará de latir el corazón y el cadáver pronto será frío y rígido. Esto viene bien al pensar en cuánta felicidad equivocada se quiere sacar a través de las sensaciones efímeras que esclavizan, los apegamientos a gustos que esclavizan y dejan un regusto amargo de haber sido engañados, el alma vacía... "Aquellos cuadros de Valdés Leal, con tanta carroña distinguida -obispos, calatravos- en viva podredumbre, me parece imposible que no te muevan. / Pero ¿y el gemido del duque de Gandía: no más servir a señor que se me pueda morir?" (J. Escrivá).

Cuando le plantearon la pregunta sobre Dios y la eternidad a Natalia Ginzburg, se recluyó en un silencio hecho de duda, duda de quien se siente pequeño ante palabras demasiado grandes y serias. "Todo lo de aquí abajo es un puñado de ceniza. Piensa en los millones de personas ya difuntas "importantes" y "recientes", de quienes no se acuerda nadie" (San Josemaría Escrivá). Este sentido cristiano de la vida ha de empapar todo lo que hacemos, para que nuestra realización personal sea consciente y plena, nos enriquezca en la edificación de una personalidad feliz: «¿de qué sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Mt 16,26). En el mundo son miles de personas las que mueren cada hora, cientos de miles cada día, pasan del millón cada semana...; la parábola de las vírgenes prudentes y necias nos hace pensar en aprovechar el entendimiento para administrar el tiempo, tener aceite suficiente, que nos permite tener la lámpara encendida para cuando viene el Esposo (cf. Mt 25,1-13).

2. Sin miedo a la vida y sin miedo a la muerte. La muerte, "salario" del pecado original, es algo tan olvidado por tantos y de otra parte algo tan normal: todos hemos de morir. Cuentan de uno que en el bar miraba siempre las esquelas, por si se veía un día a él, hasta que el dueño del bar mirando el periódico dijo: "lástima, hoy que sale la esquila de fulanita y justo es el día que él no ha venido a leer el periódico". Hay una resistencia innata a morir, como decía Morabia: "todos los hombres querrían ser inmortales... buscan traer al mundo hijos o

se esfuerzan por crear alguna obra de arte: las dos cosas prolongan su permanencia en el tiempo". La muerte, para los hijos de Dios, es vida: «non habemus hic manentem civitatem, sed futura inquirimus (Heb 13, 14): no tenemos aquí ciudad permanente, vamos en busca de la que está por venir, la que el Señor nos tiene preparada desde siempre: «El cristiano que une su propia muerte a la de Jesús ve la muerte como una ida hacia Él y la entrada en la vida eterna. Cuando la Iglesia dice por última vez las palabras de perdón de la absolución de Cristo sobre el cristiano moribundo, lo sella por última vez con una unción fortificante y le da a Cristo en el viático como alimento para el viaje. Le habla entonces con una dulce seguridad: 'Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en el nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. Entra en el lugar de la paz y que tu morada esté junto a Dios en Sión, la ciudad santa, con Santa María Virgen, Madre de Dios, con San José y todos los ángeles y santos... Te entrego a Dios, y, como criatura suya, te pongo en sus manos, pues es tu Hacedor, que te formó del polvo de la tierra. Y al dejar esta vida, salgan a tu encuentro la Virgen María y todos los ángeles y santos... Que puedas contemplar cara a cara a tu Redentor...'» (Catecismo, 1020).

Para los cristianos, la muerte es vida, el principio de la vida. La vida en la tierra -dice la Escritura- es como la flor del heno, que nace con el primer beso del sol, y cuando anochece ya está marchita. "Esto se nos va, decía san Josemaría Escrivá. Y hay una eternidad, una vida por los siglos de los siglos: una vida para no morir; para ser felices, como premio de este servicio de almas entregadas a Dios... No nos morimos: cambiamos de casa. ¡Qué alegría da esa inmortalidad!" Esta confianza filial lleva a no tener miedo a la vida ni miedo a la muerte, pues todo está dentro de los planes providentes de Dios que es Padre y sólo quiere nuestro bien. La meditación de la muerte, que es vida, nos ayuda a vivir. Por eso es bueno aceptarla ya cada noche al acostarnos, y ponernos con el pensamiento en trance de la muerte. Al ver con esa luz los sucesos del día, preparamos la jornada siguiente, y nos abandonamos en las manos de Dios: "No tengas miedo a la muerte. -Acéptala, desde ahora, generosamente..., cuando Dios quiera..., como Dios quiera..., donde Dios quiera. -No lo dudes: vendrá en el tiempo, en el lugar y del modo que más convenga..., enviada por tu Padre-Dios. -¡Bienvenida sea nuestra hermana la muerte!" (cam739). También, ante noticias de muerte de personas queridas, es muy útil la meditación serena, la oración acompañando el cadáver de esa persona. Hay un cambio de enfoque cuando a uno diagnostican un cáncer (hay una película de Woody Allen sobre este tema). Recuerdo una persona que a partir de un pronóstico de muerte por cáncer fue mejorando espiritualmente, con la alegría de acercarse a Dios; luego, cuando volvió al ajetreo diario pues se curó, contestó que se encontraba otra vez esclavo del trabajo y la prisa del mundo, que enfermo estaba mejor, la cercanía de la muerte le hacía ver las cosas importantes.

Vivimos cara a la eternidad: "No pongas tus amores aquí abajo. -Son amores egoístas... Los que amas se apartarán de ti, con miedo y asco, a las pocas horas de llamarte Dios a su presencia. -Otros son los amores que perduran... ¿Has visto, en una tarde triste de otoño, caer las hojas muertas? Así caen cada día las almas en la eternidad: un día, la hoja caída serás tú... Pórtate bien "ahora", sin acordarte de "ayer", que ya pasó, y sin preocuparte de "mañana", que no sabes si llegará para ti... Llega un momento, hijos, en el que se cuentan los días que faltan y se siente la necesidad de dejar más labor hecha: no por soberbia, sino por Amor". (J. Escrivá). El aprovechamiento del tiempo es una consecuencia de ese afán de vivir el "aquí, ahora", en el cumplimiento de la voluntad de Dios: la mejor manera de preparar una buena muerte es la pelea diaria por ser fieles a Dios, pues sólo vale lo que se hace por Él. «Spatium vere penitentiae», pedimos al Espíritu Santo: un tiempo para purificar nuestro corazón y vivir con una fidelidad vigilante cada día, poniendo empeño en elevar al orden sobrenatural todas nuestras acciones y buscando personalmente aquel "que yo desaparezca y Él crezca en mí".

Esta visión sobrenatural nos dará verlo todo con ojos de eternidad: de ahí la paz que tienen los santos, que viven aquello de «quotidie morior», cada día muero (1 Cor 15,31)... Los griegos daban al tiempo dos sentidos, el dios Cronos que se come a sus hijos; es el "cronómetro" que corre y se come todo: juventud, esperanzas mundanas, dinero, comida... y eso lleva a la desesperación. Pero la visión cristiana ve en eso "vanidad de vanidades", pues hay otro sentido del tiempo, expresado en el término "kairós", es el tiempo oportuno, el "nunc coepi", ahora comienzo, el momento mágico que vivimos en cada instante cuando hacemos las cosas por amor, así morimos a aquellas cosas de egoísmo que nos impiden el camino expedito hacia Dios, y procuramos como los santos aprovechar los talentos recibidos mientras tengamos vida hasta que nos llame el Señor. "Dios es como un jardinero, que cuida las flores, las riega, las protege; y sólo las corta cuando están más bellas, llenas de lozanía. Dios se lleva a las almas cuando están maduras" (J. Escrivá).

3. Aprovechamiento del tiempo. Si algo es completamente seguro es que todos nos vamos a morir. Llegará el día: cuando, donde y como Dios quiera. Se muere mucha gente, se muere todo el mundo. “Me hizo meditar aquella noticia: cincuenta y un millones de personas fallecen al año; noventa y siete al minuto. El pescador -ya lo dijo el Maestro- echa sus redes al mar, el Reino del Cielo es semejante a una red barreada..., y de ahí serán escogidos los buenos; los malos, los que no reúnen condiciones, ¡desechados para siempre! Cincuenta y un millones mueren al año, noventa y siete al minuto: díselo también a otros” (San Josemaría). 2.910 durante la meditación, 135.380 cada día del retiro, más de 600.000 durante el curso de retiro. Con la muerte termina nuestra estancia en la tierra. No podemos ni queremos vivir de espaldas a esa realidad. Desde esa perspectiva el valor de las cosas de aquí abajo se pone en su sitio.

La muerte de los hijos de Dios. ¿Cómo moriremos? Felices y tranquilos, con el alma muy viva y en gracia, atendidos y acompañados por quienes nos quieren. Fieles... exprimidos como un limón, con las manos llenas, con el corazón lleno de amor. Los egoístas se mueren solos, llenos de dudas y miedos. El Señor nos llamará en el mejor momento. Será el dulce encuentro con Jesús, con María que nos sonreirá, con nuestro Padre, con todas las personas que ya tenemos allí. Mateo (25,1-13) nos muestra las vírgenes prudentes y necias. Sentido cristiano de la vida: «¿de qué sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Mt 16,26; sur886). El Apocalipsis (14, 13) nos plantea la Vida, y de un modo muy claro Jesús: “quien crea en mí, vivirá” (Juan 11, 25). Aprovechamiento del tiempo que se nos ha dado para santificarnos: “venit nox, quando nemo potest operari” (Io 9,4): Luego viene la noche, cuando nadie puede trabajar.

Contaban de Juan Pablo II que mientras los del séquito estaban agotados de tanto trabajo, él seguía dispuesto a continuar. En los viajes, cuando la gente se relaja –se pone cómoda, respira...- y descansa al ir de un sitio y otro en los entreactos, se le veía leyendo un libro en lugar de mirar el paisaje, o pasando por el pasillo ofreciendo bombones y gastando bromas. ¿Cómo lo lograba? “Por las noches, procuro dormir”, decía él; pero observándole de cerca es evidente que había más: la clave era la intensidad con que hacía cada cosa. Cuando estaba rezando, lo hacía recogido completamente, y si rezaba el Rosario estaba sólo en eso; cuando lee, lo hace a fondo; cuando escucha, sólo está para esa persona...

El esfuerzo por no matar el tiempo es fruto de darle valor. El tiempo es limitado, todas las cosas humanas tienen un proceso de caducidad, para muchos la actividad intelectual se resiente con los años, produciendo una decadencia también física que hace pensar en que son limitados los días que viviremos, que estos fluyen sin posibilidad de recuperarlos: "El tiempo es un tesoro que se va, que se escapa, que discurre por nuestras manos como el agua por las peñas altas. Ayer pasó, y el hoy está pasando. Mañana será pronto otro ayer. La duración de una vida es muy corta. Pero ¡cuánto puede realizarse en este pequeño espacio, por amor de Dios!" (San Josemaría Escrivá).

El tiempo es corto para amar y entregarse, y ser eficaces como Dios desea. «Pierde una sola hora a la mañana y todo el día andarás a la caza de ella» (R. Whately). El tiempo es un tesoro que se nos ha dado para santificarnos: “venit nox, quando nemo potest operari”, viene el ladrón de noche, cuando no se le espera (Jn 9, 4). Después viene la noche, cuando ya no se puede trabajar, es decir, la muerte. Por tanto, la clave es vivir con ilusión cada momento, para hacerlo fructificar; para tener una vida llena de obras de amor; que al caer de la tarde y seamos juzgados en el amor (san Juan de la Cruz lo decía así) tengamos muchos servicios hechos, trabajos acabado hasta los detalles, buenos consejos dados, enfermos atendidos, tanta gente a la que hemos escuchado con paciencia e interés... esos serán nuestros avales para el “examen final”. Eso supone trabajo, que cansa, cada cosa que hacemos es un encuentro con Dios, y cuando al final de un día lleno estemos agotados, en esos momentos podemos comprender por qué al Cielo se le suele llamar el descanso eterno. El tiempo es el tesoro que tenemos para comprar la eternidad, un don de Dios para administrar con responsabilidad, sin desperdiciarlo pues en definitiva son unas pocas decenas de miles de días los que podemos disponer a lo largo de nuestra vida.

Esa lucha ha de situarse en distintos frentes. En primer lugar, tener claro qué es lo importante y una jerarquía de valores, para no ceder a la pereza: evitar los retrasos, la poca intensidad en lo que hacemos, aprovechar los fines de semana. El orden ha de estar en primer lugar en la cabeza, en las ideas; así será más fácil la lucha para tener ordenados los afectos, lo que queremos en la voluntad; y luego irlo aplicando en nuestro mundo exterior, en las cosas que hacemos. Así no habrá atolondramiento, sabremos qué hay que hacer

y con qué prioridades, que es poner primero lo que nos parece que es más importante y hacerlo, sin pensar en lo que vendrá luego, hasta acabar y pasar a otra cosa. En cambio, el activismo es hacer las cosas rápido pero mal, al hacer las cosas deprisa luego hay que repetir las, es hacerlas dos veces. Hay que vencer las impaciencias para no correr mucho sin saber a dónde vamos, con “mucho ruido y pocas nueces”: como dice aquel adagio, “despacito y buena letra, que el hacer las cosas bien importa más que el hacerlas”.

Todo eso, llevado al día a día, es heroísmo sencillo pero encantador, se puede resumir en esta expresión: “haz lo que debes y está en lo que haces, por amor”. Es vencer el egoísmo de pensar que es “mi tiempo”, y vivir la generosidad al darlo para Dios y los demás, en una disponibilidad que Teresa de Calcuta resumía así: “tenemos sólo lo que damos, lo demás se pierde”: éste es el “capital” que almacenamos en el banco de la eternidad, lo que hemos entregado. Es vivir el “hodie, nunc”, en expresión de san Josemaría Escrivá: “hoy, ahora”, que es lo único real, vivir cada instante con “vibración de eternidad”. Víctor Frankl se entrevistó con este santo y luego diría de él: “este hombre tiene una ‘bomba atómica’ en la cabeza. Se nota que en él el instante tiene todas las características de lo decisivo”.

Hay un salmo que canta: “ayúdame a contar los días, Señor”. Podemos pensar en que si tenemos 30 años hemos vivido unos 10.000 días, y pensando en una media de 80 años de vida, nos quedan 18.000 por vivir, siendo generosos en el recuento. Como hay que aprovechar el tiempo, bueno será ver cómo nos organizamos la agenda del año, la del mes y la de la semana. Se trata de una planificación viendo las cosas variables y las fijas. También podemos examinar las 24 horas del día, y ver si dedicamos un tiempo a cada cosa y que sean las cosas mejores. Es punto clave la puntualidad, tanto al terminar algo como al comenzar lo siguiente que toca, eso es fuente de pequeños sacrificios que forjan la voluntad y mortifican el egoísmo manifestado en la “ley del gusto”, de hacer lo que me viene en gana. En definitiva, todo ha de estar marcado por la caridad, de ahí arranca la diligencia, el olvido de nosotros mismos para vivir el arte de aprovechar el tiempo por amor.

Ahí está la santidad: Santificar el tiempo. “¿Quieres de verdad ser santo? Cumple el pequeño deber de cada momento: Haz lo que debes y está en lo que haces” (Camino, 815). (Tomo estas notas de alguien desconocido): D. Álvaro en su viaje a México pasó su reloj por la imagen de Guadalupe. Es un gesto que dice todo. Examinarnos. Puede venir bien hacer cálculos matemáticos. El día tiene 24 horas ¿Qué hago yo? ¿Cuánto tiempo dedico a esto, y a esto otro? ¿No podría hacerlo en menos? Atención a las colas de tiempo, los traslados, los minutos heroicos. Todo esto es una gran fuente de pequeñas mortificaciones que forjan la voluntad, son caridad con los demás, diligencia, generosidad, olvido de nosotros mismos. El arte de aprovechar el tiempo es amar, es santidad. D. Amadeo de Fuenmayor a la vuelta de una convivencia en Roma con el Fundador de la Obra, le preguntaban que les dijera algo y dijo: “En estos días he comprendido por qué al Cielo se le suele llamar el descanso eterno”. Valor del tiempo. Es un don de Dios. Se nos da un tiempo. Valorar cada porción de tiempo. No ser irresponsables, no desperdiciar. Tenemos poco tiempo para lo mucho que hay que hacer. Hay que luchar en diversos frentes: 1º En la pereza: Los retrasos. No poner intensidad. Los fines de semana. 2º En el desorden y el atolondramiento: El activismo del que se mueve mucho pero no sabe a dónde va, hacer hacer que es ruido, despacito y buena letra que el hacer las cosas bien importa más que el hacerlas. Sujetarse a una jerarquía de valores. El sencillo y heroico horario. 3º En el egoísmo. Mi tiempo es de Dios. Generosidad. ¿Cuánto tiempo dedico a los demás? ¿Estoy disponible? Todo el tiempo que nos reservemos egoístamente “nos lo comeremos con patatas”. 4º En la imaginación. Es un frente más sutil, pero decisivo. Estar en lo que estamos ¿Dónde tenemos la cabeza? Así, la muerte no será nunca una muerte repentina. Repentina es una cosa que no se espera, y quien está constantemente buscando y esperando a Dios, es como si el Señor nos sorprendiera por detrás y, al volvernos, nos encontráramos en sus brazos. No nos morimos, cambiamos de casa. “Oh cuán poco lo de acá. Oh cuán mucho lo de allá”...

Muere Somoano. “A mis hermanos en la Obra de Dios les diré: ‘¡no tengáis pena! ¡Nuestra hermana Obra dará un paso adelante; no lo dudéis!’”. María muere el 13.9.33; anota don Josemaría: “No la hemos perdido: la hemos ‘ganado’”. Ella -M^a Ignacia García Escobar- escribirá su oración: “tú eres quien forma los santos. ¿Somos nosotros los llamados a escoger los materiales para tus obras? ¡No! Solamente estar dispuestos a no negarte nada”. Quería que la llamaran “la loca del amor de Dios”.

La espada de Damocles: este filósofo, adulador de Dionisio I, tirano de Siracusa, sufrió una prueba para que viera cómo era débil la seguridad del gobernante: en una fiesta le puso una espada colgando de un hilo...

encima de su cabeza. Así es la intranquilidad del que se siente como hoja llevada por el viento: “hojas de árbol caído juguetes al viento son”... no podemos controlar la vida, y necesitamos afianzar la esperanza en algo bien seguro, como dice S. Pablo: “sé en quién tengo puesta mi confianza”. Y, al mismo tiempo, hemos de llenar de contenido el tiempo. Henri Matisse hablaba de “vivir avaramente cada minuto, a fondo”... Carlo Borromeo, al ver una representación de la muerte con una guadaña, dijo: “no, ponédle en lugar de la guadaña unas llaves de oro”, para indicar que es camino a la gloria, para quien aprovecha la vida. Para ello, aprovechar el tiempo. Emilio Arrieta era un místico navarro, cuando en 1894 agonizaba le preguntaron: ¿cómo estás? Y respondió: “mal, tan mal que si al amanecer alguien me dice que he fallecido, no me chocaría nada”. Así hizo Ignasi Segarra, al despertar de una crisis, y verse en el hospital ante gente extraña: “¿estoy vivo o muerto?” O aquel que se moría y un acompañante le hizo una pregunta poco oportuna: “¿Cómo te encuentras?” Y le respondió: “para estar muriéndome, no me encuentro mal del todo”. Voltaire pidió un sacerdote. Es la hora de la verdad. A veces soñamos con que morimos... más allá no porque no podemos soñar –al parecer- lo que no podemos imaginar: nos despertamos, o salimos de aquello con una segunda oportunidad... Cuenta una carta, después del accidente trágico del que salieron ilesos: “tal vez Dios nos ha dado esta prórroga, como en los partidos, para enseñarnos a usar bien ese peligroso don que es la vida”.

También la historia de la cantante de Roxette, Marie Fredriksson, es bien bonita: su voz no ha quedado en el olvido por el cáncer, y su curación se ha convertido en testimonio de una vida restaurada y sanada por Dios, nuevamente emerge con una canción que habla de su nueva vida, en el nuevo disco de su esposo Mikael Bolyos (cuenta Marco Antonio Mena): A 3 años de que la cantante Marie Fredriksson, la voz femenina del famoso grupo de música pop Roxette declarara públicamente su fe y su nueva relación con Dios, luego de muchos años de indiferencia y falta de fe, nuevamente nos sorprende este 2007 con una nueva canción, “Hometown” (“Mi Primer Hogar”), cuya letra es una poderosa declaración de entrega y de reconciliación con nuestro Señor; otra de las canciones es: “When The Lord Is About To Come” (“Cuando el Señor Esta por Venir”). Marie estuvo al borde de la muerte, pero vio que un Dios grande y verdadero la salvó. Este 2007, Marie vuelve a reafirmar su fe de la mano de “Hometown”, canción en la que Marie declara que solo hay Un Camino para conocer, y que aunque muchos no lo van a poder entender, tenemos que todos volver a nuestra primera casa, nuestro verdadero hogar, que es Dios nuestro Señor. ¡Solo Él pudo hacer el milagro de cambiar el agua en vino!, también en esta canción Marie afirma ese milagro que Jesús hizo en su vida cuando la rescató de la muerte y de las garras del cáncer. Así canta la letra: “Ir de regreso a mi primer hogar, / Es cambiar por completo la dirección en que voy. / Han pasado muchos años desde que Te vi, / Dios, ¿Te podré conocer? / ¿Todavía Eres mi amigo? // Ir de regreso a mi primer hogar, / Es hacer que muchos no lo entiendan y se enojen. / Ha pasado tanto tiempo, / Que no se que encontraré, / Regresando a mi primer hogar. // Yo sabía cuando te dejaba, / Que no íbamos a conversar por un tiempo, / ¡Pero Dios, como Te extrañaba!, / En verdad cada día que vivía sin tu sonrisa. // Todavía siento la lección que me diste, / Cuando vivía tan alejada y por mi propia cuenta. / ¡Si!, yo siempre lo tengo presente. / Ahora necesito ver en que camino el viento a soplado. // Ir de regreso a mi primer hogar, / Es cambiar por completo la dirección en que voy. / Han pasado muchos años desde que Te vi, / Dios, ¿Te podré conocer? / ¿Todavía Eres mi amigo? // Ir de regreso a mi primer hogar, / Es hacer que muchos no lo entiendan y se enojen. / Ha pasado tanto tiempo, / Que no se que encontraré, / Regresando a mi primer hogar. // Yo oí de un viejo amigo, / Que el morir injustamente fue parte de Tu vida, / Y eso rompió mi corazón en mil pedazos, / Y como un puñal también parece atravesarme por completo. // Aquí solitaria en el tren de la noche, / Buscando una respuesta para mi alma / Con una lágrima en mi mejilla, / Solo puede haber Un camino para conocer, / Es por eso que... // Estoy yendo a mi primer hogar, / Es cambiar por completo la dirección en que voy. / Muchos años desde que Te vi, / Dios, ¿Te podré conocer? / ¿Todavía eres mi amigo? // Ir de regreso a mi primer hogar, / Es hacer que muchos no lo entiendan y se enojen. / Ha pasado tanto tiempo, / Que no se que encontraré, / Regresando a mi primer hogar. // Si Tú pudiste cambiar mis lágrimas en vino, / Estoy volviendo a Ti, el Hogar Verdadero”. Todo comenzó cuando a la cantante se le diagnosticó un pequeño tumor cerebral, luego de una caída en su casa en septiembre de 2002. Dicho tumor tuvo que ser operado y la noticia impactó, en gran manera, a todo el entorno de la música; todos los diarios del mundo dieron esa triste noticia que conmovió a la gran base de fans que Roxette posee en todo el mundo. Meses después, los médicos descubrieron que se trataba de un tumor maligno, y que Marie tenía cáncer en su cerebro. Rápidamente fue internada y así comenzó un largo y duro tratamiento de más de dos años. Pero como dio Marie, Dios se acordó de ella y así le concedió una “Segunda Oportunidad”. Luego de que la cantante dejara de grabar con Roxette en 2001, prácticamente su voz se apagó durante aquel terrible periodo de ardua quimioterapia y tratamientos de radiación. Luego de dos años de esta difícil etapa, Marie sólo permitió que una productora fuera el único medio exclusivo en dar a conocer

los detalles de estos años de tratamiento y su primer disco entregado a Dios, *The Change* (El Cambio), a través de un documental para TV de 1 hora de duración titulado “Una Segunda Oportunidad”, en el que la cantante abrió su corazón y expresó sus más íntimas confesiones: “Creí que nunca más volvería a cantar”, dijo Marie en el marco de la entrevista en la cual confesó que esta viva gracias a Dios. “Estoy en contacto con Dios todos los días. Siempre es algo muy cálido y grandioso. Cuando yo era pequeña, mi hermana mayor Anna-Lisa, murió en un accidente y fue muy difícil para mí creer que Dios existía”, remarcó Marie. “Así que me llevó mucho tiempo acercarme a Dios después de lo que había sucedido. Pero fue lentamente, tomó mucho tiempo acercarme a Dios. Poco a poco nos volvimos amigos más y más, y ahora se ha convertido en un cálido y maravilloso apoyo. Primero, noté que estaba perdiendo la visión en mi ojo derecho. Lo próximo que recuerdo es la voz de mi esposo gritando luego de que cayera al piso aquel 11 de septiembre; tuve una convulsión epiléptica, ya que mi cabeza sufrió un golpe muy fuerte. Luego, estaba en camino al hospital en una ambulancia, y el resto de la historia, bueno, ya lo saben. El asunto más complicado fue que tuve que volver a aprender a escribir y a cantar. Por un momento pensé que nunca más podría volver a cantar, pero afortunadamente eso no fue así”. Su esposo Micke Bolyos y sus dos hijos, quienes jugaron un papel vital en su recuperación. Este disco es un trabajo muy personal que muestra los dos lados de atravesar una enfermedad tan difícil como el cáncer: Por un lado, la ira y el no poder entender el por qué de lo vivido, y por otro, el deseo inmenso por seguir viviendo y la gratitud del amor que restaura. Entre las canciones destacadas del disco, figura el primer sencillo titulado “Second Chance” (“Segunda Oportunidad”), en el cual, por primera vez en más de 20 años de carrera con Roxette, Marie menciona a Dios en la letra, nada menos que 6 veces, con la frase de agradecimiento “Oh Thank God I'm Alive” (Gracias a Dios estoy Viva). En la misma canción Marie cita una frase que debería ser el lema de cada persona: “Not to take the things for granted” (no dar nada por sentado), frase que anima a la dependencia divina y no a la del hombre. También podemos destacar “The Change”, canción que describe lo que sintió al verse de la noche a la mañana internada en un hospital al borde de la muerte: Durante el reportaje, Marie también cuenta que Dios la ayudó a escribir dicha canción. Otra composición que refleja la tristeza y la obscuridad que se siente viviendo cara a cara una terrible enfermedad es “Bad Moon”, donde Marie, a pesar de su ira por lo vivido, reconoce que en esto no hay culpables, sino una prueba más de la vida, metafóricamente representada por el título de la canción. La balada “All About You”, fue escrita por su esposo, quien le expresa todo su amor y quien declara que la vida es un “milagro”, y que el tiempo es un “regalo del cielo”. Otra canción que encierra un mensaje valioso para quien escuche este disco es “Love to Live” (“Ama para Vivir”), la cual describe que el amor es la base de todo y que todo lo que nos rodea es vanidad. Finalmente podemos citar la canción “A Table in the Sun” (“Una Mesa Bajo el Sol”), la cual da cierre al disco con un balance y mensaje positivo de aquellos duros dos años, y en la cual Marie afirma “Thank God I'm Saved” (Gracias a Dios estoy Salvada). Como era de esperarse, el sencillo y el álbum fueron criticados por gran parte de la prensa, y algunos de los fans de Roxette no creyentes, que irónicamente respondieron a las declaraciones de Marie con la palabra “Amen”. Pero, por otro lado, fue valorado y apreciado por otra gran parte de fans que reconoce que un milagro salvó su vida. Debido a que ese disco en su totalidad es muy personal y a la vez muestra a una artista que reconoce su fe en Dios y el amor de su familia como los únicos responsables del fin de su angustia y sufrimiento, la mayoría de las filiales de la compañía discográfica, que durante 20 años acompañó a Roxette en diversos países del mundo, no han querido editar el álbum en sus respectivos mercados, excepto algunos países como Brasil, Alemania, Japón y por supuesto los países que conforman Escandinavia, región que incluye a Suecia, ciudad natal de Marie.

Contraste entre tres visiones de la muerte: -Decía Alvaro de la Iglesia: la muerte es irse desanimando, desanimando, desanimando, hasta que uno se desanima del todo. -Decía Epicuro: Mientras yo existo, la muerte no es; cuando existe la muerte, yo ya no existo; luego, la muerte no me afecta. -Santo Tomás enfermo en casa de su hermana: - Tomás, ¿qué es lo más deseable de la vida? - Una buena muerte -respondió él serenamente- (La luz apacible, p.366).

Dan a los años demasiada importancia, cuando apenas la tienen. Sólo adquieren el valor aquellos momentos vividos de verdad, los que les demos sirviendo a Dios. Los años solamente no dan ni la sabiduría ni la santidad. En cambio, el Espíritu Santo pone en boca de los jóvenes estas palabras: “super senes intellexi, quia mandata tua quæsivi”: tengo más sabiduría que los viejos, más santidad que los viejos, porque he procurado seguir los mandamientos del Señor. San Pablo escribe a los de Corinto: “tempus breve est!”, ¡qué breve es la duración de nuestro paso por la tierra! Estas palabras, para un cristiano coherente, suenan en lo más íntimo de su corazón como un reproche ante la falta de generosidad, y como una invitación constante para ser leal.

Verdaderamente es corto nuestro tiempo para amar, para dar, para desagaviar. Para nosotros la muerte es Vida. Pero hay que morirse viejos. Morirse joven es antieconómico. Cuando lo hayamos dado todo, entonces moriremos. Mientras, a trabajar mucho y muchos años. Estamos dispuestos a ir al encuentro del Señor cuando El quiera, pero le pedimos que sea tarde. Hemos de desear vivir, para trabajar por Nuestro Señor y para querer bien a todas las almas: de todas las razas, de todas las lenguas, de todas las naciones. Somos todos hermanos, como hijos de Dios y, por desgracia, hay tantos que, en lugar de sembrar amor, siembran el odio... ¿Veis la necesidad de que vivamos muchos años, sembrando siempre un gran amor a la convivencia? En tiempos de Santa Teresa, los enamorados -tanto los místicos como los que cantaban el amor humano- solían exclamar, para demostrar la intensidad de su amor: que muero, porque no muero. Y una letrilla famosa, que conoceréis, decía: ven muerte, tan escondida, / que no te sienta venir, / porque el placer de morir / no me torne a dar la vida. Yo disiento de esta manera de pensar, y digo lo contrario: que vivo porque no vivo, que es Cristo quien vive en mí. Tengo ya muchos años y no deseo morir; aunque, cuando el Señor quiera, iré a su encuentro encantado: in domum Domini ibimus!, con su misericordia, iremos a la casa del Señor. Pedid que esté contento también a la hora de morir. Que los que me rodeen, me vean sonriente, como he visto siempre sonrientes a mis hijos a la hora de la muerte. Morir es -para nosotros- ir de bodas. Cuando se nos diga: “ecce sponsus venit, exite obviam ei” -sal, que viene el esposo, que viene El a buscarte-, pediremos la intercesión de la Virgen: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora...” ¡y verás a la hora de la muerte! ¡Qué sonrisa tendrás a la hora de la muerte! No habrá un rictus de miedo, porque estarán los brazos de María para recogerte. No os preocupéis. Cuando llegue el momento, estad tranquilos. Pido al Señor que llegue muy tarde para vosotros, muy tarde, para que podáis ir con las manos llenas de frutos y de flores al encuentro de Dios (decía S. Josemaría).

Jesús nos muestra este sentido de la muerte: “te he glorificado en la tierra, tengo acabada la obra que me encomendaste” (Juan 17,4). También S. Pablo: “He combatido la buena batalla”... (2 Timoteo 4, 7-8.18). El Via Crucis es un buen medio para meditar en esta perspectiva a la luz de Cristo. El dolor es un veneno que cura: el del escorpión es venenoso, pero ese mismo en forma de aceite es una gran medicina contra la misma herida. El pecado es vergonzoso solo cuando lo cometemos, pero convertido en confesión y penitencia, es honorable y saludable (cf. Ecc 4, 24-25), conviene aprender el arte de aprovechar nuestras faltas...

4. La muerte, paso para la vida: La pascua quiere decir esto, pasar de la muerte a la vida, este ciclo vital se repite: nacer, morir, resucitar... como las plantas: nacer y arraigar, trasplantarse y desarraigo, y volver a arraigar, nacer de nuevo... el cirio pascual nos lo recuerda: el padecimiento, la muerte, es la puerta de la vida, y esta es nuestra esperanza que nos une en el momento de dolor ante alguien querido que está muriendo, esperando el final. Al contemplar la vida llena de quien ha estado tantos años a nuestro lado, el corazón se nos va a Jesús, que con su pasión y resurrección vino a traernos la buena nueva de que Dios es Padre y nos manda su Espíritu para ir hacia Él: “los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios”. Sí, somos hijos de Dios, y si somos hijos, también somos herederos... puesto que sufrimos con él para llegar a ser glorificados con él (Carta a los Romanos, 8). Los sufrimientos del mundo presente no son nada comparados con la felicidad de la gloria... todos estamos esperando esta manifestación de los hijos de Dios, tenemos ya los frutos de esta cosecha en la esperanza: cuando sembramos bondad ya la recogemos, en nuestro corazón, pero es sólo una prenda de lo mucho que será el cielo.

Para acompañar a Cristo en su gloria, en el triunfo final, hace falta que participemos antes en su holocausto, así nos identificamos con Él. La devoción cristiana al Santo Cristo nos habla de que hace falta morir para poder vivir, y cuando una persona a la que apreciamos ha alcanzado la cumbre, después de haber disfrutado de la vida, cuando ha conseguido llegar a la otra orilla, en este río que es la vida, queremos recordarla con acción de gracias por el tiempo que la hemos tenido cerca, por la vida que ha podido disfrutar, plena de frutos de bondad. Dar gracias a Dios por todos los años que hemos podido gozar de su compañía, con la pena de no tenerla ya, pero con la esperanza de que la muerte es un cerrar los ojos de aquí y abrirlos a la Vida, a la felicidad, donde se disfruta ya del fruto de las obras buenas. Es sentir a Dios, que dice: “ven conmigo, ya has trabajado lo suficiente, ahora a gozar”.

El enigma más grande de la condición humana es la muerte. Es una cosa muy dolorosa que muera una persona a la que amamos, y sentimos la necesidad de rezar, con la fe de que “las almas de los justos están en manos de Dios”: la vida no se acaba con la muerte, tan sólo se transforma, y cuando termina la estancia aquí en la tierra empieza otra eterna en el cielo. Encomendamos en estos momentos a quien al mismo tiempo esperamos

que se encuentra ya con Dios cara a cara, porque así como desde el bautismo ha compartido la muerte de Jesucristo, así estará con Él en el cielo compartiendo plenamente su resurrección, ahora con su alma y después también con el cuerpo glorioso, aquel día cuando Cristo, resucitando a los muertos, transformará nuestro pobre cuerpo para hacerlo semejante a Él (de la Plegaria Eucarística III). Esto es el que nos nace en el interior como queriendo expresar con palabras esa vida buscaba quien estaba con nosotros: “Todo mi ser tiene sed de ese Dios que me es vida”, dice el Salmo: “como la cierva desea el agua viva, así mi alma busca mi Dios”.

En esta vida no hemos de aspirar a una perfección de ser correctos -como si la cosa consistiera en tener las manos limpias-, sino amar –tener las manos llenas-: S. Juan de la Cruz nos lo recordaba diciendo que “al atardecer (de la vida) seremos juzgados en el amor”. Ya aquí tenemos el premio de las obras de amor, con una vida llena, y la tiene quien ama, así se descubre de donde viene todo amor: Dios es amor, y el amor de la tierra nos hace saber que el amor es eterno, que no se acaba con la muerte... y por lo tanto ya se puede ser feliz aquí (aun cuando dicen que es un valle de lágrimas, que sólo seremos felices en el cielo), pues aquí podemos ya tener, en la esperanza y como prenda segura, todo aquello que esperamos, así la felicidad del cielo es para aquellos que saben ser felices a la tierra; no consiste en tener una vida cómoda, sino un corazón enamorado, que sepa amar, aprender así a vivir la vida sin temor a la muerte: “La santidad consiste precisamente en esto: en luchar, por ser fieles, durante la vida; y en aceptar gozosamente la Voluntad de Dios, a la hora de la muerte” (J. Escrivá). Cuando comulgamos, en ese momento íntimo, podemos sentir más la proximidad de todos aquellos que ya están con el Señor, porque tenemos al Señor dentro, y podemos hablar con Jesús y con los que están con Él... La Virgen María es la gran intercesora para el momento de la muerte, a ella nos encomendamos siempre que decimos: “ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte”, momento que Ella nos abrazará y acompañará a Jesús, para disfrutar de aquello que siempre hemos deseado aún sin saberlo.